

Heterogeneidad cultural y enemistad racial en *Cumandá*, o un drama entre salvajes (1879), de Juan León Mera

Alexis Uscátegui Narváez*

Resumen:

En tiempos decimonónicos se estigmatizó al territorio amazónico como un lugar agreste y exótico, con un escaso aporte al Estado nación. No obstante, en su panorama social se puede percibir una cultura diversa, que subvierte aquellos paradigmas ornamentales que pretendieron civilizar al indígena por medio de la barbarie. En este contexto, la novela *Cumandá* (1879) de Juan León Mera, actúa como un puente alterno para comprender mejor la heterogeneidad cultural en la historia ecuatoriana.

Palabras clave: Heterogeneidad, cultura, novela, selva, Cumandá.

Para entender mejor a la sociedad latinoamericana es relevante estudiar la cultura de los territorios amazónicos representados en la literatura, especialmente en la novela, ya que “el interés por lo nacional y por la realidad casi inédita que iba desplegándose en las nuevas naciones de América no es una preocupación puramente especulativa; está profundamente relacionada con la necesidad de conocer, comprender y organizar la sociedad civil” (Osorio Nelson 2000, 42-3). Esto explica que si bien se pensaba en concebir una civilización digna, dicho proceso tendría que configurarse a partir de una nueva noción de Estado, es decir, con aquellas naciones que no se constituyen separadamente de lo regional, sino con captaciones múltiples, incluyendo los acervos ancestrales de los espacios selváticos.

En esta perspectiva, para la organización de los Estados nacionales entre 1831 hasta 1880, se requería de un sistema republicano coherente que valide la diversidad cultural; las letras del siglo XIX participaron activamente en la consolidación de un proyecto de legitimación de distintos grupos humanos. De esta manera, Nelson Osorio Tejada insiste que “hacia fines de este período se produce una especie de recuperación de la temática indígena, con obras cuya perspectiva sentimental e idealizada no entra en contradicción con los crite-

rios dominantes; ejemplos de esta propuesta pueden verse en *Cumandá, o los amores* [sic, o un drama entre salvajes] *de dos salvajes* (1871) [sic, 1879] de Juan León Mera” (52-3).

Además, los terruños amazónicos también pueden destacarse como principales componentes que aportan al tratado social. Ana Pizarro señala que “al hablar de la Amazonía estamos refiriéndonos a un reservorio de biodiversidad, de recursos hídricos, único en el planeta, más allá de las riquezas minerales. Y también a una pluralidad cultural enorme, que ha llevado a cabo procesos de configuración específicos y en donde el primer problema con que nos enfrentamos es su opacidad” (Pizarro 2009, 11). Por ello, es relevante estudiar sus fuentes de conocimiento, cuyo aporte es fundamental para reivindicar la variedad cultural en la sociedad latinoamericana, pues aquel pensamiento indígena que nace del río y la selva, es válido para cualquier parte del mundo, ya que el ser humano puede filosofar desde la interacción con la naturaleza, porque de allí han surgido recursos vitales para la humanidad. Dichos saberes sustentan una fuente clave de simbologías, imaginarios y sincretismos, donde la performance del cuerpo en un ritual indígena, es también un discurso que promueve la existencia humana entendida desde la diversidad,

* Estudiante del Doctorado en Literatura Latinoamericana; Magíster en Etnoliteratura y Licenciado en Lengua Castellana y Literatura por la Universidad de Nariño, Colombia. <auscategui@umariana.edu.co>

no es excluyente como las políticas etnocéntricas, porque es un pensamiento propio, una alternativa más para construir historia y nación.

Ana Pizarro –menciona además que– la Amazonía es un mundo de múltiples formas de miscegenación tribal, donde sus aportes no solo preponderan en lo ecológico y en lo geofísico, sino en su factor primordial, la heterogeneidad cultural (2009, 24-25). En este orbe de ideas, el territorio amazónico del oriente del Ecuador, ha aportado significativamente a dicho constructo cultural y literario, pues en pleno siglo XIX, la novela *Cumandá, o un drama entre salvajes* (1879) de Juan León Mera, se manifestó como el primer punto de partida en representar la diversidad racial de aquella época colonial, a pesar de la ideología conservadora y cristiana de su autor, en su contenido se interpela el rol subalterno que cumple el indio en los procesos de civilización y barbarie. Al revisar esta obra narrativa, se puede percibir que Mera estableció una historia donde los grupos indígenas poseen sus propias particularidades en cuestión de raza e imaginarios religiosos. Sus protagonistas que en este caso padecen de un amor incestuoso, representan alegóricamente la posibilidad para que las patrias puedan convivir entre la diferencia, donde la enemistad racial es ignorada por el sentimiento natural de dos corazones.

Pues bien, uno de los aspectos claves que permite comprender por qué Mera optó por escribir una historia diferente a la obra romántica de François-René de Chateaubriand, es el de reivindicar las características tribales de la Amazonía ecuatoriana que fueron olvidadas por los españoles, del mismo modo, mostrar el proceso civilizatorio a la luz del cristianismo que vivieron dichas comunidades ágrafas y de las cuales se estigmatizaron únicamente como tema exótico. En la carta que Mera dirigió al director de la Real Academia Española en 1877, declara:

Tras no corto meditar y dar vueltas en torno de unos cuantos asuntos, vine a fijarme en una leyenda, años ha trazado en mi mente. Creí hallar en ella algo nuevo, poético e interesante;

refresqué la memoria de los cuadros encantadores de las vírgenes selvas del Oriente de esta República; reuní las reminiscencias de las costumbres de las tribus que por ellas vagan; acudí a las tradiciones de los tiempos que estas tierras eran de España, y escribí *Cumandá*; nombre de una heroína de aquellas desiertas regiones, muchas veces por un ilustre viajero inglés, amigo mío, cuando me refería una tierna anécdota, de la cual fue, en parte, ocular testigo y cuyos incidentes entran en la urdimbre del presente relato. (Juan Mera [1879] 2014, 81-2)

Si Mera confiesa que lo contado por su amigo lo contempló en su novela, es menester recurrir a la fuente científica que Richard Spruce¹ comparte en *Notas de un botánico en el Amazonas y en los Andes*. Al revisar este documento, el inglés cuenta que exploró con gran interés la Amazonía ecuatoriana, en sus múltiples travesías y por más de diez años de exploración botánica en el Amazonas, de los cuales tres de ellos los pasó en la región ecuatorial. En este documento Richard Spruce, afirma: “el gobierno de la India me ha confiado la tarea de obtener semillas y plantas jóvenes de diferentes tipos de chinchona o quina que crecen en los Andes de la región de Quito, con el fin de trasportarlos a nuestras colonias en el Oriente, donde se busca establecer plantaciones de estos preciosos árboles a gran escala” (1996, 514). Luego de osados recorridos hasta llegar a Ambato en 1858, el botánico inglés, compartió diversas experiencias con los habitantes nativos de este territorio, de lo cual, se puede intuir que los lugares, las especies naturales, los personajes y sus costumbres aborígenes que se vislumbran en *Cumandá*, hacen parte de la experiencia expedicionaria de Richard Spruce, esto se puede corroborar en propios términos del científico cuando expresa:

La religión cristiana entre los indios sudamericanos que he visitado ha sido, en su mayor parte, un verdadero daño para ellos. Antiguamente o bien no tenían religión alguna, o bien eran casi teístas puros; ahora son idólatras de-

1 Nació el 10 de septiembre de 1817 y murió el 28 de diciembre de 1893, lo que significa que el libro *Notas de un botánico en el Amazonas y en los Andes* (1908), fue un trabajo póstumo editado por Alfred Russel Wallace a manera de narración expedicionaria, teniendo en cuenta las notas que Spruce tomaba en la selva, su diario y las cartas de viaje que escribía a sus colegas de Europa.

cidos, tal como me lo han manifestado candidamente muchos sacerdotes católicos. Entre los vicios que han adquirido en su estado "civilizado" [...] En el área de cincuenta a cien millas desde donde escribo, en la cordillera oriental de los Andes, existen aún poderosas tribus independientes que se rehúsan a recibir a los misioneros, y que meterían a toda mujer suya en quien el hombre blanco hubiera puesto ojos en la lujuria [...]. El calificativo de "salvajes", que tan locuazmente han dado los autores que escriben sobre los pueblos indios, sería aplicado más correctamente aquellas naciones cristianas que juegan el juego de la guerra, y que, en lugar de decidir sus diferencias en base al principio de "hacer a los otros lo que uno quisiera para sí", matan, queman, y desolan tanto como pueden. (1996, 512-13)

Si bien la recepción crítica de Ángel Felicísimo Rojas, Augusto Arias, Trinidad Barrera, Ángel Esteban y Cristina Burneo encuentran afinidades entre *Cumandá* (1879) de Mera y *Atala* (1801) de Chateaubriand, en cuanto a una esfera romántica y una tonalidad de amor incestuoso, naturaleza exótica, sentimentalismo, civilización y barbarie por parte de los españoles, heroínas que huyen por la agresión selva, castidad o voto virginal o envenenamiento; aún prevalece una gran discrepancia entre estas dos novelas del siglo XIX. Tanto los animales, la vegetación, como también las costumbres de las comunidades náctez, záparas y jíbaros, son heterogéneas en todo sentido: "¡Padre mico, sachems, matronas y guerreros de las cuatro tribus del Águila, del Castor, de la Serpiente y de la Tortuga; no alteremos en nada la tradición de nuestros abuelos" (Chateaubriand [1801]1971, 89).

La creación del primer manifiesto novelístico de Chateaubriand, partió de la versión testimonial de un viejo sabedor llamado "Chactas", sin embargo, al revisar los itinerarios de viaje, el escritor francés, "no ha pisado el país de los náctez, ni ha visto Florida, ni Lusiana ni mucho menos el Ohío o el Mississipi. Y es que donde realmente viaja Chateaubriand es en los libros" (Ángeles Cardona de Gibert 1971, 29). Esto indica que *Atala* posee un viaje imaginativo por las selvas americanas; en cambio desde el primer capítulo de *Cumandá*, su autor gracias a su gran destreza descriptiva, da fiel

testimonio de las características selváticas de la Amazonía ecuatoriana.

En esta medida, la secular selva es un cuestionamiento clave para comprender la intención de Juan Mera, pues él mismo colige que gran parte de esta zona aún no ha sido evangelizada y que su régimen divino, es la unión del hombre nativo con las infinitas florestas, "hijas de los siglos":

[...] Hay bastante diferencia entre las regiones del norte bañadas por el Mississipi y las del sur que se enorgullecen con sus Amazonas, así como entre las costumbres de los indios que en ellas moran. La obra de quien escriba acerca de los jíbaros, tiene, pues que ser diferente de la escrita en la cabaña de los náctez, y por más que no alcance un alto grado de perfección, será grata al entendimiento del lector inclinado a lo nuevo y lo desconocido. Razón hay para llamar vírgenes a nuestras regiones orientales: ni la industria y la ciencia han estudiado todavía su naturaleza, ni la poesía le ha cantado ni la filosofía le ha hecho la disección de la vida y costumbres de los jíbaros, záparas y otras familias indígenas y bárbaras que vegetan en aquellos desiertos, divorciados de la sociedad civilizada. (2014, 82)

Por otra parte, la enemistad racial en esta novela, se puede interpretar desde dos perspectivas que permiten comprender detalladamente el plano argumental de *Cumandá*. La primera, se desarrolla en torno a cómo la corona española en su proyecto civilizador, barbarizó estos territorios, varias culturas indígenas dejaron de respirar la libertad y estuvieron a punto de desaparecer a causa de la civilización de los misioneros de España; de igual forma, el hacendado español José Domingo de Orozco, explotó con sus coterráneos a los indios en sus propias tierras, estos crueles sucesos, al igual que la cobranza del injusto diezmo de las hortalizas, propagó el odio hacia su raza blanca, esto explica las represalias que se tomaron estos nativos en el alzamiento de Guamote, Columbe y Riobamba donde residía su esposa e hijos, los cuales quedaron atrapados por las llamas del incendio en la finca provocado por el indio Tubón. Juan León Mera recrea que en aquel tiempo

se mantenía “la costumbre de tratar a los aborígenes como a gente destinada a la humillación, la esclavitud y los tormentos, los colonos de más buenas entrañas no creían faltar a los deberes de la caridad y de la civilización con oprimirlos y martirizarlos” (2014, 129); esto genera que el rechazo hacia la raza europea, gire en torno a la invasión del territorio selvático.

Cumandá, es la mujer protagonista que representa exóticamente un rol ambiguo en esta historia selvática. Su nombre metafórico, que significa “patillo blanco”, es un indicio primordial para entender por qué su color de piel no es similar a la de los záparos, en este caso particular, su genética proviene de la raza blanca, la de su verdadero padre, Orozco. La segunda, es el odio de Tongana (Tubón) a Cumandá, tanto que impediría que su comunidad indígena, se mezcle con el linaje enemigo. De esta manera, *Cumandá* simboliza en las letras del siglo XIX, la posibilidad de construir una nación republicana donde la unión racial es posible. A pesar de que inocentemente Cumandá se enamora de su hermano, y ninguno de los dos sabe que incurren en el incesto, este amor representa la unión de las patrias, un amor sin objeto de deseo, natural como el paisaje de la selva, lugar donde las comunidades, a pesar de su mal llamada vida salvaje, pueden vivir en armonía: “¡Oh, blanco, blanco!, los de tu raza no tienen el corazón ardiente como los de la mía” (2014, 110).

El odio de Tongana hacia Cumandá, también se debe a su ideología religiosa, si bien esta mujer ha adaptado su cuerpo al ambiente de la floresta y sus costumbres aborígenes, su veneración a la religión cristiana impide que su padre adoptivo le guarde respeto: “mi madre me ha dicho que cuando yo era muy chica me mojaron la cabeza en el agua milagrosa. Pero mi padre no quiere que seamos cristianos y solo la buena Pona me ha enseñado a ocultar algunas cosas” (Juan León Mera 2014, 111). Este tipo de sucesos, generó atracción en Carlos, pues ella cautivó su corazón de una forma natural, con su virginal cuerpo que representa lo inexplorado en la naturaleza selvática, por ello este joven enamorado encontró en su carisma un don natural que las mujeres de su raza no poseían por su condición española civilizada.

El fuego que prendió Tubón a la casa de Orozco, no fue suficiente para mitigar su odio contra la raza española, recordar los azotes, el cepo y el desgarramiento de la piel con el rebenque en la espalda de su progenitor, fueron sucesos que acreditaron su desquite fraternal; sin embargo, “del alzamiento ningún provecho sacó la raza indígena, a los opresores tampoco les sirvió de lección saludable la venganza de los oprimidos. Otras sublevaciones hubo posteriormente que tuvieron el mismo remate: la horca; y los blancos no se cansaron de instigar a los indios a la venganza para luego ahorcarlos” (Juan León Mera 2014, 132).

Los tres atentados que promovió Tongana para matar a Carlos, evidencian el odio que tiene este indio hacia la raza blanca, inclusive, el cazabe (chicha de yuca) que estos nativos beben como una especie de licor para entrelazar hermandad entre tribus, es utilizado como medio para envenenar al extranjero: “¡Ea, blanco!, a ti me entrego, este es el licor del juramento de la amistad; bebe hasta su última gota” (2014, 173); pero, Cumandá vuelve a salvarlo e impide que tome dicho veneno. La presencia de este joven cristiano en el territorio selvático, prefigura una especie de invasión en estos dominios, la fiesta de las canoas que de alguna manera representa la paz entre los salvajes de las diferentes tribus, es un signo sagrado que no permite el derramamiento de sangre, porque la cosmovisión de la vida en este espacio, gira en torno a la fraternidad, a la amistad y, sobre todo, a la unión que tiene el hombre con la naturaleza. Sin embargo, Tongana olvida eso, y su venganza parece ser más fuerte que la sabiduría de su clan; a pesar de que Orozco se volvió sacerdote para enmendar los maltratos que suministró a sus indios subalternos en el pasado, esto no fue suficiente para borrar el gran dolor que sembró en la memoria de Tongana, por ello Tubón optó por devolver el mismo calvario a José Domingo.

Los intentos fallidos de Tongana por matar a Carlos, hicieron que utilice como último recurso, el matrimonio entre Cumandá y Yahuarmaqui², con el objeto de que el demonio mungía³ que suele traer maldiciones entre los nativos, no logre su cometido de unir a Cumandá con Carlos. Al finalizar esta historia, se descubre que la joven nativa

no tiene procedencia aborigen, sino es la hija del padre Orozco, su verdadero nombre es Julia, luego de varios intentos fallidos de fuga para ser feliz junto a su amado, su única posibilidad para salvarlo del peligro de los jíbaros es su suicidio, este acto osado por parte de Cumandá, se puede entender como un sentido de comparecencia hacia su hermano, en otras palabras, es la expresión de la unión amorosa de dos seres diferentes.

En *Cumandá* la selva ecuatoriana puede ser vista como una alternativa para construir una nación heterogénea, aunque la evangelización haya sido la luz para encaminar a sus habitantes salvajes hacia la virtud civilizadora de España, se puede señalar que Mera efectuó una crítica al gobierno de la época, que en su afán civilizatorio, olvidó aquellos grupos humanos que en su naturalidad mantuvieron una fuente primordial de conocimientos que ayudaron a enfrentar la problemática crucial, la de reconocer la diversidad y la posibilidad del entrecruzamiento entre razas y sus valores culturales.

Finalmente, en las letras del siglo XIX en Ecuador, la novela de Mera vista desde la enemistad racial, refleja el proyecto de construcción de nación que se pretendía establecer en aquella margen colonial, de igual forma, se puede catalogar como el primer manifiesto novelístico que aviva la diferencia racial y cultural de este país. A pesar del fatídico final de sus protagonistas, su autor no olvida el tema de las costumbres, ritos y simbologías ancestrales que perduran en la selva, lo cual, permite entender su iniciativa por reconocer la diferencia; "*Cumandá* evidencia la propuesta de que la patria se constituye en la medida en que la mirada se extiende más allá de las ciudades" (Balseca 2001, 145). Si para algunos críticos el romanticismo francés influyó en la creación literaria de Mera, es dable insistir que su novela se aleja de aquella cultura

europea a partir de su propio poderío amazónico, proclamando en Latinoamérica lo biodiverso en todo sentido; en cambio el autor de *Atala*, se apoya de una experiencia que no es la de su país natal, desatendiendo elementos claves que caracterizan a las selvas americanas y sus comunidades nativas; en otras palabras, "¿cómo puedo llorar a mi patria si mi padre no nació en el país de las palmeras?" (Chateaubriand [1801]1971, 100).

Lista de referencias

- Balseca, Fernando. 2001. "En busca de nuevas regiones: la narración y la narrativa ecuatoriana". En Gabriela Pólit Dueñas, comp., *Crítica literaria hacia un nuevo siglo*: 141-55. Quito: Flacso.
- Chateaubriand, François René. 1971. *Atala: René. Los Nátchez*. París: Bruguera.
- Mera, Juan León. 1891. *Cumandá, o un drama entre salvajes*, 2a. ed. Madrid: Fernando Fe.
- . 1948. *Obras escogidas*. Prólogo por Augusto Arias. Quito: Clásicos Ecuatorianos.
- . 1998. *Cumandá, o un drama entre salvajes: Estudio preliminar y edición crítica de Trinidad Barrera*. Sevilla: Ediciones Alfar.
- . 2007. *Cumandá: Estudio introductorio Cristina Burneo*. Quito: Velásquez y Velásquez Editores.
- . 2014. *Cumandá: Edición de Ángel Esteban*. 5a. ed. Madrid: Cátedra.
- Osorio Tejada, Nelson. 2000. *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. Murcia: Universidad de Alicante / Universidad de Santiago de Chile.
- Osorio Tejada, Nelson, y José Carlos Rovira. *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. Alicante: Universidad de Alicante, 2000.
- Pizarro, Ana. 2009. *Amazonía: El río tiene voces*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, Ángel. 1948. *La novela Ecuatoriana*. Quito: Ariel.
- Spruce, Richard. 1996. *Notas de un botánico en el Amazonas y en los Andes*. Quito: Abya-Yala.

- 2 Según Cristina Burneo, el nombre de este gran guerrero significa "manos sangrientas" (2007, 18), no obstante, dicha denominación posee un acercamiento fonético y metafórico con el de "Jaguar"- "Yahuar". En el capítulo "Combate inesperado" de *Cumandá*, Yahuarmaqui luego de beber ayahuasca realiza un vuelo shamánico, donde sus ancestros le revelan la batalla que debe vengar ante Mayariaga jefe de los moronas, es particular encontrar en la novelística amazónica la metamorfosis de los jefes en jaguares con el objeto de proteger a su clan de los enemigos de otras tribus. En el caso de la novela de Mera, se ejemplifica, cómo "ambos se detienen un momento y se lanzan miradas abrasadoras como llamas que los rodean. Parecen dos tigres que, erizados los lomos, alzadas las esponjosas colas y abiertas las bocas que chorrean sanguinosa baba, se disponen a despedazarse" (2014, 201); asimismo, en el capítulo "El canje", Yahuarmaqui ratifica al mensajero del clan de los moronas que venía por el cuerpo del jefe Mayariaga, que: "el ciervo que cae en las garras del tigre es imposible que escape de ellas con vida" (2014, 206)". De algún modo, Mera constituye en este personaje la poderosa imagen del jaguar, que está dispuesto a vencer a cualquier enemigo e invasor que se interponga en su camino; de similar manera, Spruce describe en su recorrido amazónico ecuatorial que "el jaguar (felis onça)" habita en estas zonas, donde sus respetables rugidos indican su superioridad ante cualquier otro ser de la selva (1990, 549). Finalmente, cabe señalar que el tema del jaguar está presente en la novela en *Cumandá*, por tanto acredita un estudio más minucioso, pues su carga alegórica ofrece mucho para interpretar aún.
- 3 Este término proviene de la voz toponímica de un municipio de España, en este sentido, su inscripción en *Cumandá*, simboliza al hombre español, es decir, la raza blanca que es catalogada por los nativos como un ente invasor y demoniaco.